

— Sí.

— De qué modo?

Aura se dirigió á la mesa donde el de Poza habia dejado el papel que al principio de su conversacion le habia dado.

— La firma del rey, — dijo.

— Sí, pero....

— Nada, nada. Escribidme encima de ella: «Nadie se oponga á que pase el portador.»

— Teneis razon, Aura.

Y el marqués escribió lo dictado por su amada.

— Nos hemos salvado, marqués. Dadme, iré yo misma. Vos pudierais comprometeros.

— Aura, Dios os tomará en cuenta este servicio.

— Confio en su misericordia para que me perdone mi falta.

— Corred, apresuraos!

— Oh! no temais. El brazalete volverá á poder de la reina. Yo les salvaré! Y la jóven, envolviéndose en su manto, se precipitó fuera del pabellon.

## VII.

### EL CANASTILLO DE FLORES.

La reina Isabel estaba apoyada en la ventana, contemplando melancólica las nubes que se cernian en el horizonte y cuyos agrupados pelotones pugnaba el sol por atravesar, cuando abriéndose repentinamente las puertas de su cámara, un paje entró, dió algunos pasos y exclamó con voz vibrante:

— El rey!

Isabel se estremeció como una niña á la que coge en delito de desobediencia su rígido preceptor. Era en efecto tan inesperada aquella visita de su

real esposo, que tembló al pensar en lo que allí podria traerle. La conciencia de la pobre reina no estaba muy tranquila para poder recibir con toda serenidad al monarca.

Este se presentó en la cámara. Contra su costumbre, su semblante estaba risueño y esto dió nuevo motivo de temor á Isabel. Sin saber porqué, su corazon leal, que nunca la habia engañado en sus impulsos, la decia que aquella visita tenia un motivo y que aquel rostro risueño ocultaba una celada.

— Señor.... baluceó Isabel.

— Qué teneis, querida mia? — preguntó el soberano con afable sonrisa.

— Parecis sobrecojida.

— No es nada. Vuestra visita....

— Os estraña?

— No señor, pero como hacia tanto tiempo que os habiais olvidado del camino que conduce á mi estancia!

— Qué quereis! Los negocios de estado son como una rueda que nunca para. Me quitan todo el tiempo que yo quisiera dedicar á vuestro amor. Estais bellissima, mi reina y señora!

— Señor...

— Esa palidez que brilla en vuestras mejillas os dá un realce melancólico que interesa y cautiva. Oh! cómo puedo yo pensar en negocios de estado, teniendo á mi lado en el trono á una compañera con quien pasar la vida rodeados de toda la felicidad del amor! Mil veces me he dicho, Isabel, que deberiais aborrecerme.

— Aborreceros, señor, y porqué?

— Porque os he arrancado del suelo de Francia donde erais feliz y dichosa para traeros á una corte en que solo reina la fria etiqueta, de la que están casi proscritos los bailes y que no ofrece ninguna diversion á los sentidos. Y yo mismo que debiera hacerlos una existencia agradable, yo mismo contribuyo á hacéroslos pesada y monótona, estando siempre ausente de vos, metido con mi despacho y mis devociones, teniéndos encerrada en vuestras habitaciones como en un destierro. Pobre Isabel!

— Pues os aseguro al contrario, señor, que soy feliz y que esta es la vida que mas conviene á la disposicion de mi alma.

— No echais menos vuestra patria?

— Siento no tener junto á mí á mi hermana y nada mas.

— De aquí en adelante, querida mia — dijo el rey tomándole una mano,

— yo quiero que esto sea para vos otra cosa. Quiero que tengais diversiones, bailes, quiero que goceis y vivais como mas os plazca.

— Pero....

— No, no, yo sé mejor que vos lo que os conviene, Isabel, y por otra parte, ya que tengo en vos una joya de discrecion y hermosura, quiero que brille con todo el esplendor que se merece. Esta misma noche he mandado disponer un baile.

— Un baile!

— Para que podais presentaros á deslumbrar con vuestra belleza á las bellezas todas de la corte. Escojed, pues, vuestras mejores galas, ponedlas hermosa. Vuestro esposo os lo manda; vuestro soberano os lo ruega.

— Estais hoy muy lisongero, señor.

— Es que hoy aprecio en todo lo que vale la compañera que Dios me ha dado, — dijo el rey con un acento particular y que en el modo como fué pronunciado admitia dos sentidos.

— Haré lo que gustéis, — dijo la reina bajando los ojos.

— Os digo y repito que voy á cambiar de vida con respeto á vos — exclamó Felipe cada vez mas amable — y he de robarle muchas horas al estado para venir á pasarlas en vuestra intimidad. Harto tiempo os he tenido olvidada. Quiero que seais feliz, que tengais diversiones á porfia. El baile de esta noche será el prólogo de vuestra futura dicha.

— Señor, yo quisiera dispensarme de asistir á este baile.

— Cómo así cuando yo quiero que seais en él reina por vuestra corona y por vuestra belleza? Deseo que esta noche os presentéis á los ojos de mi corte admirada, deslumbrante de galas y de hermosura. Lo hareis así, no es verdad, querida mía?

— Lo haré por complaceros.

— Y á propósito! — dijo Felipe con una naturalidad escesiva y como si solo manifestára una idea casualmente ocurrida, — no olvidéis el poneros vuestro brazalete de perlas.

La reina se puso pálida como un difunto y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

— Ya sabeis de qué brazalete os hablo, verdad, querida mía?

— Si señor, — murmuró Isabel en voz tan debil que apenas se pudo oír.

— De aquel que os dí el dia de nuestro enlace y en el que hay trazado con perlas vuestro nombre: Isabel.

La reina sufría horrorosamente.

— Es un brazalete — prosiguió el monarca clavando en ella una mirada escrutadora cuya severidad formaba contraste con sus palabras dulces y suaves, — que guarda bellos recuerdos para mí. Se remonta á los tiempos de las primicias de nuestra felicidad, y es, puede decirse, mas bien el regalo de un amante que el don de un esposo. Por otra parte, es una obra maestra en el arte y me la trabajó por particular encargo mio mi artífice genovés Montenelli. Dónde la teneis, señora?

— Guardada está en mi joyel — contestó la reina exánime.

— Hacedme el gusto de mandar que os la traigan. Quiero verla de nuevo, quiero besarla á vuestros ojos como se hace con un recuerdo de amor.

— Es que....

— Qué?

La reina no podia mas. Era una especie de congoja mortal lo que se habia apoderado de ella. Sufría de una manera espantosa y su pecho ardia como si hubiese sido una brasa de fuego.

— Qué? — repitió con calma pero con suavidad Felipe.

— He perdido la llave de mi joyel, — murmuró la pobre muger.

— Habeis perdido la llave? cuándo?

— Esta mañana la he hecho buscar por todas partes inutilmente.

— Pues entonces no hay mas que romper la cerradura. Es un capricho que me ha dado y que me perdonareis, querida, pero deseo tener ese brazalete para estrecharlo contra mi corazon, ya que me representa una idea de dicha pasada.

— Pero, señor....

— Nada, nada, quiero ver el brazalete en el que hay escrito con perlas vuestro nombre adorado. Donde teneis vuestro joyel? — exclamó Felipe II sacando de su cintura una hermosa daga de labrada hoja y puño de piedras preciosas; — vereis cómo con la punta de esta daga os hago en un abrir y cerrar de ojos saltar la cerradura.

— Es que es el caso, señor.... balbuceó la reina sin saber lo que se iba á decir.

— Pero, qué es éso, señora? á qué tantas dificultades por tan sencilla cosa?

La reina iba á contestar cuando la cortina de la puerta se levantó y uno de los caballeros del rey apareció en el umbral.

— Quién viene á interrumpirme? — preguntó airado el monarca.

— Señor, es una comision de damas de la reina que desea ofreceros un obsequio, aprovechando la ocasion de vuestra visita á su reina y señora.

— Oh! que entren! — se apresuró á decir Isabel que halló en aquello un

medio de salir del terrible compromiso, pero al ver la mirada que le dirigió el rey, añadió en seguida: —Digo, si S. M. lo permite.

Felipe dudó un momento, pero dirigiéndose á poco al caballero:

—Lo permito, —esclamó lacónicamente.

Un momento despues penetraban en el gabinete cuatro damas de la reina, entre ellas Aura de Villa Medina que llevaba un canastillo de flores.

—Señor —dijo una de las damas tomando un hermoso ramillete del canastillo y presentándose al rey ante el cual dobló la rodilla, — señor, la inesperada visita de V. M. no nos permite haceros mas obsequio que el de este ramillete que hemos improvisado y cuyas flores hemos escogido y cortado nosotras mismas. Las damas de vuestra augusta esposa recibirán á singular complacencia que os digneis admitirle como una prenda de su fidelidad y amor á sus soberanos.

—Lo admito gozoso, —dijo Felipe con sequedad. — Gracias, señoras.

Y se quedó parado como queriendo darlas á entender que ya su comision habia terminado.

Entonces Aura se adelantó y presentó el canastillo entero á la reina poniéndoselo en su falda.

—Estas otras flores para vos, mi reina y señora —dijo.

Y añadió en voz baja al inclinarse para besarla la mano:

—Buscad entre las flores el brazaleté.

La reina se estremeció. Habia oido perfectamente las palabras de la joven, pero no acababa de comprender qué misterio era aquel. Sin embargo, obedeciendo á un impulso de su corazon, mejor que al de su voluntad, dijo:

—Os agradezco el regalo, amigas mias.

Y sumerjió su mano en el canastillo como para escoger las flores. Sus dedos tropezaron al momento con la caja del brazaleté y sus ojos chispearon. Aquella joya parecia haber sido traída allí por arte de encantamiento. Un recurso le acudió en seguida.

—Señor, —esclamó dirigiéndose al rey, — me permite V. M. que entre un momento en mi tocador para adornarme con estas flores?

Felipe II bajó la cabeza en señal afirmativa.

—Venid, venid, amigas mias; me ayudareis á ponerme hermosa para complacer á S. M. que así lo desea.

Y todas las damas entraron en el tocador tras la reina.

Felipe II permaneció inmóvil en su sitio. No esperó mucho tiempo. A los pocos instantes se le presentó Isabel enteramente transformada; sus me-

jillas lucian sus nubes de rosa, sus ojos brillaban de alegría, sus cabellos estaban adornados con flores, y su brazo — con asombro indescriptible del monarca — ostentaba el rico brazaleté de perlas.

—Lo veis? —dijo Isabel á su esposo. — Ahí me teneis que empiezo á obedecer vuestros mandatos. Os parezco hermosa?

—Y ese brazaleté? —dijo el monarca señalándole. — No me deciais que se habia perdido la llave del joyel?

—Era que no me acordaba que se la habia dado á guardar á una de mis damas.

—Ah! —murmuró el rey con voz sombría y arrugado ceño. — Con qué ese brazaleté lo teniais vos guardado?

—Sí, señor.

—Y no habia salido de vuestras manos?

La reina palideció ligeramente.

—No señor, —murmuró con voz bastante firme.

—Está bien, —dijo el rey; — puesto que el brazaleté ha estado siempre en vuestro poder, os felicito por ello.

Y sin decir mas, volvió la espalda y se salió de la estancia.

### VIII.

#### LEAL EN VIDA Y LEAL EN MUERTE.

DURANTE todo aquel dia y el siguiente, Felipe II no salió de su gabinete y nadie entró en él escepto su ministro Perez y la princesa de Eboli.

La corte entera estaba en alarma. Se habia traslucido algo de cosas misteriosas y escenas terribles que nadie sabia á punto fijo, pero que por lo mismo todo el mundo las contaba. El retiro á que parecia haberse entregado el rey daba mucho que hablar. Todo eran murmullos, cuchicheos, indagaciones.

El capitán de guardias que tenia como arrestado al príncipe, recibió ór-

den de retirarse, y la cámara del jóven Carlos prosiguió lo mismo que anteriormente teniendo fácil acceso para todos sus amigos.

Uno de los que acudieron primero fué el marqués de Poza quien le enteró de todo lo que pasaba.

—Corre un viento de desgracia para mí, pobre amigo mio, — le dijo Carlos. — Tu amistad para conmigo te perderá.

— Señor, si soy víctima de mi lealtad, me bastará para morir satisfecho el pensamiento de que consagrareis una lágrima á mi memoria.

— Marqués, marqués, eres un corazon noble.

— Hablemos de otra cosa, príncipe mio.

— Dí.

— Es preciso que llevemos á cabo el plan proyectado.

— Crees tú?

— Os lo he aconsejado, y cien veces que se me consulte os lo aconsejaré lo mismo.

— Es verdad, yo me ahogo en esa atmósfera de plomo que pesa como una maldición sobre esta corte. Yo aquí no vivo, no respiro; me falta aire, espacio, aliento. Sucumbo estenuado bajo una mano de hierro que me oprime. Soy muy infeliz, amigo mio!

— Por lo mismo, debeis partir, os espera un cielo puro, os aguarda un crecido número de amigos, os brinda una nacion con su trono.

— Oh! no, eso no, yo nunca iré á Flandes para levantar pendones contra mi padre.

— Y bien, aun cuando sea así, partid, señor, partid. Fugaos de esta carcel en que vivís aherrojado.

— Quien debe partir eres tú, marqués; acaso en este momento mismo se aguzan los puñales que deben ser asestados contra tu corazon.

— Señor, yo no partiré jamás como vos os quedeis aquí. Mi suerte será la vuestra. Os he consagrado mi brazo y mi vida. Si alzais pendones en Flandes, yo gritaré mas alto que nadie: Viva el rey Carlos! Si aquí permanecéis, aquí permanezco; y, por fin, si me toca morir, si así está decretado por el cielo, moriré á vuestros piés, partiendo entre vos y mi amada mi último suspiro y mi último pensamiento.

— Marqués, está dicho, partiremos. Iremos lejos, muy lejos, donde no pueda alcanzarnos la cólera de mi padre, donde yo pueda vivir tranquilo, entregado todo entero al amor inestinguible que arderá constante en mi corazon, como constante ardia el fuego profano de Vesta en los idolatras

templos. Escribiré por última vez á esa muger, la diré todo el tesoro de recuerdos que llevo, todo el porvenir de agonía que me espera, y me iré á encerrar para siempre, con su imagen en mi corazon, en el fondo de un desierto.

— Escribidle pues, y fijemos á mañana nuestra marcha. Yo no veo seguridad para vos en la corte. Ayer os arrestaron, mañana pueden arrojaros en el fondo de un calabozo por mas príncipe que seais, y otro dia, otro dia quizá....

— Pueden asesinar me.

— Yo no queria decir tanto, señor.

— Pero lo digo yo.

El marqués se calló.

— Oye, marqués, — dijo tristemente Carlos. — Quién se encargará de mi carta?

— Yo, señor.

— Tú! no puede ser.

— Porqué?

— Desgraciado! te siguen los pasos, no me cabe duda, te espian, y, créelo, te matarian antes de llegar á los piés de la reina. Se ha descorrido el velo, la imprudencia de tu amada ha puesto en evidencia tus nocturnas entrevistas con ella.... Es imposible, marqués, es imposible! Acaso no esperan otra cosa que verte acercar á la puerta del jardin para arrojar sobre tí sus pagados asesinos.

— Señor, el marqués de Poza tiene sangre de héroes en sus venas, lleva un nombre esclarecido en cien hazañas, y no puede sucumbir miserablemente como un cualquiera, bajo el puñal de un asesino. Nadie mas que yo será vuestro mensajero. Ni teneis á otro á quién fiar secreto de tal importancia, ni cabe en mí retroceder ahora que hay peligro. La carta llegará, señor, yo os lo fio.

— Marqués, reflexiona....

— Todos los asesinos del mundo no me impedirian llegar hasta la reina. Podré llegar moribundo, pero llegaré, señor.

— Marqués, por Dios!

— Dadme la carta, príncipe!

— Amigo mio!

— Príncipe, os lo pido como el premio que puedan merecer mis servicios. Encargadme de vuestro mensaje.

El príncipe se calló y acercándose á su escritorio escribió cuatro líneas solas. En seguida, alargando la carta al marqués,

—Dios proteja, — dijo — al mensajero que camina á la muerte!

—La carta llegará, os lo he dicho, — repitió el de Poza con firme acento, guardando el papel en su cinturón.

Cárlos abrió sus brazos al caballero que se precipitó en ellos con la efusión y la ternura de un amigo.

Aquella noche misma, cuando ya las sombras hacia rato que descansaban sobre el mundo, el de Poza se envolvió en su ferreruero, empuñó la espada con la mano derecha y con la izquierda su daga, escondiendo en ambas armas bajo los pliegues del embozo, y tranquilamente, con paso firme, con sereno continente, se internó por las calles de árboles que dirijian á la cerca de que estaba rodeada como una fortaleza la habitacion y parque de la reina.

Cerca estaba ya de la puerta y se disponia á buscar la llave en su cinto, cuando le pareció observar un bulto que se movia junto á un olmo. Sin embargo, como la noche estaba oscura y no hacia luna, el de Poza no pudo asegurarse bien.

Detúvose no obstante y preguntó en voz alta:

—Quién va?

El silencio mas profundo le contestó. Ni el menor soplo de aire agitaba las cabelleras de los árboles. Todo parecia muerto, sumerjido todo en la profunda oscuridad que envolvia la tierra cual si fuera un vasto sudario; solo en frente de él y á sus lados veía vagamente el marqués delinearse los gigantados olmos que parecian espectros con sus brazos inmóviles elevados al cielo.

Viendo que no recibia contestacion, el de Poza se decidió á seguir adelante. Pocos pasos le faltaban para llegar á la puerta. Cojió la daga entre los dientes, pasó su espada á la mano izquierda y con la derecha tomó la llave que debía facilitarle la entrada.

Sin estorbo ninguno llegó á la puerta y ya empezaba á dar gracias á Dios, cuando le pareció oír un extraño ruido á su lado. Volvióse y en el acto mismo vió una mano armada de un puñal desprenderse sobre él, pero dispuesto y prevenido como estaba, pudo librarse recibiendo la puñalada en los pliegues de su ferreruero. Inmediatamente empuñó su espada y describió un círculo tropezando en seguida con un cuerpo. Un ay ahogado y el golpe de una caída le probaron que no habia dado en vago.

Cinco ó seis bultos se irguieron entonces ante él apareciendo de pronto como vomitados por la tierra. El de Poza apoyó sus espaldas en la puerta y empezó el combate. Al propio tiempo que se defendia como un héroe, nues-

tro jóven caballero hacia violentos esfuerzos para con su mano izquierda dar vuelta á la llave que tenia ya en la cerradura.

Los asesinos atacaban con vigor y con energía; el de Poza se defendia con valor, y varios ayes ahogados respondian del éxito de su espada. Los aceros se cruzaban, resbalaban, se ligaban, arrojaban chispas en medio de las sombras. Era un combate encarnizado, á todo trance, tanto mas horroroso cuanto que las tinieblas no permitian verse y calcular en unos ni otros el grado de resistencia que alcanzar podia cada cual.

De repente, el de Poza sintió el frio de un hierro penetrar en su pecho, pero de sus labios no se escapó ni el menor gemido. Era la suya un alma verdaderamente espartana. Aun recibió otra herida en el brazo y conoció por fin que, si aquello continuaba, las fuerzas no tardarian en agotársele. Cada vez luchaba con menos vigor, con mas flojedad, con menos ímpetu. Era que su herida del pecho iba vertiendo sangre, sangre en abundancia y apenas lo advertia en el calor del combate.

Su desfallecimiento se lo indicó pronto, y entonces fué cuando hizo un violento esfuerzo para abrir la puerta. Consiguiólo afortunadamente en el instante en que otra herida iba á unirse á las dos primeras. El marqués lanzó un grito entonces, pero ya la puertecita le abria paso y volvia á cerrarse en seguida interponiéndose entre la víctima y los asesinos. Luego que el de Poza hubo cerrado la puerta, vaciló y cayó con una rodilla en tierra escapándosele la espada de las manos. Las fuerzas le faltaban, no podia mas, habia perdido sangre en abundancia.

—Soy muerto, — murmuró — pero no importa, he dicho que llegaria, llegaré.

Desesperado fué el esfuerzo que hizo. Empezó á andar medio arrastrándose, regando con su sangre el camino, cayéndose á cada momento.

—Dios mio! Dios mio! — balbuceaba — cuatro minutos de vida! Solo cuatro!

Pudo por fin llegar á la puerta del pabellon entornada como siempre y empujándola, entró en el vestibulo iluminado con una lámpara, llamando con voz ahogada á la reina. Esta salia en aquel momento, acudiendo al rumor de espadas que le habia parecido oír en el jardin.

Júzgese de su asombro y terror cuando vió medio tendido en el suelo á un hombre cubierto de sangre. Sus cabellos se erizaron, sus rodillas flaquearon, su rostro palideció.

—Reina, reina mia! — le gritó el moribundo marqués.

—Justicia de Dios! el marqués!

Y la reina se arrojó hácia él.

—Tomad, — balbuceó el de Poza dándole la carta — es del príncipe.... decidle á él y á mi Aura.... que.... que.... muero pensando.... en.... ellos.

Y el de Poza rodó exánime á los piés de Isabel.

Esta se levantó horrorizada, tanto, que la carta del príncipe se desprendió de su mano y fué á caer en el suelo á pocos pasos.

En aquel mismo momento, eternidad celeste! otro hombre penetraba en el vestibulo como vomitado allí por la fatalidad, otro hombre se adelantó pausado y, sin hacer caso del cadáver ni tampoco de la reina, á los ojos atónitos y fijos de esta, que pareció sobrecojida de un pasmo, recojió del suelo la carta que se habia deslizado de la mano trémula de Isabel.

Este hombre era Felipe II.

La reina inmóvil, inerte casi, pasmada, le vió desdoblar el billete, recorrerlo con su fria mirada, no fruncir siquiera el gesto á su lectura y en seguida salir, llevándose el papel, mudo como habia entrado, solemne como una estatua que hubiese abandonado la tapa de un sepulcro y que se volviese á su lecho de piedra.

Por la mañana siguiente, cuando las damas entraron en el pabellon, vieron un cadáver en el suelo y á pocos pasos de él la reina, bañada en la sangre del marqués y respirando apenas.

La noche de dicho mismo dia, los grandes de España se presentaban vestidos de luto en la cámara de Felipe á dar el pésame al monarca por la repentina muerte de su primogénito.

El ataúd de Don Carlos fué depositado en una de las bóvedas del Escorial, el pensamiento de granito laboriosamente trabajado por toda la calenturienta imaginacion del mas poderoso soberano de su tiempo.

El primer féretro que entró en el regio panteon despues de aquel, tenia bordada en oro esta inscripcion sobre la tapa del terciopelo negro: *Isabel de Francia, reina de España.*

En cuanto á la pobre Aura de Villa Medina habia ido á pedir una celda y un tosco hábito á las hermanas benedictinas de la corte.

Tales son las leyendas que recogí en el Escorial.



*La reina se precipita hacia el*

## LA CARTUJA DE GRANADA

(ANDALUCÍA.)

EL ALCAIDE DE LOS DONOCELAS.

FACENDO es un día que despierta!

Las sombras nocturnas todavía los campos pero  
las estrellas empesaban á palidecer.

Una luz blanca apareció estendiéndose como una  
luz sobre un paño mortuario y las estrellas se escondieron  
bajo un manto de ópalo.

Todo empezó á tomar forma y las formas se destacaron  
de las sombras.

La aurora mojó con lágrimas de alegría las hojas

de los árboles que en sus bridas plateadas quedáron largo tiempo como cristales.

Y esta aurora se vio en 2 veces: la vez primera más de una vez al distinguido  
rey de Granada don Alonso de Aragón, de quien se ha referido ya en el capítulo anterior.